

Sergio Zermeño, *La sociedad derrotada. El desorden mexicano del fin de siglo*, México, Siglo XXI, 1996, 241 p.

Sofía Gallardo C.

La intensificación de los procesos de globalización económica y sus efectos políticos y sociales diferenciados por países y regiones son un tema central de los análisis macrosociológicos. Sergio Zermeño, en *La sociedad derrotada*, sostiene que las ciencias sociales occidentales (con sus postulados de igualdad de condiciones, de interacción comunicativa racional y el triunfo de la ciencia y la técnica para lograr la creciente distribución social de los beneficios del desarrollo) son incapaces explicar por qué el proceso de globalización dependiente en la América mestiza, y en particular en México, ha tenido efectos desintegradores en lo social, frente a otros menos desfavorables en la América de inmigrantes. Confronta los casos de Guatemala, Perú, Bolivia, Ecuador y México con los de Chile, Argentina, Uruguay e incluso Colombia y Costa Rica. Describe a los primeros como sociedades de modernización tardía y deficiente, que coinciden con territorios poblados por

fuertes culturas indígenas, hoy demográficamente desequilibradas y a los segundos como sociedades que se desarrollaron en territorios vacíos desde el origen, con gran inmigración, alta urbanización y bajo mestizaje. Advierte que todos estos casos se caracterizaron por la combinación de estados autoritarios, o cuando menos rectores y con recursos, con una política neoliberal ortodoxa. Sin embargo, lo que los diferenció fue que los primeros estados fomentaron la desintegración social sobre la base de sociedades con extrema desarticulación, y los segundos, el robustecimiento de sus sociedades con antecedentes de modernidad social.

Uno de los aciertos de Zermeño en este libro es mostrar la gravedad de la crisis que enfrenta México en su proceso actual de inserción en la economía global y que puede conducirlo al caos político y social. Critica el Tratado de Libre Comercio como la expresión más clara de dicho proceso y lo define como un "disolvente poderoso

sísimo de lo social” en virtud de la confluencia de: 1) una creciente depauperación y masificación, resultado de los cambios acelerados del nuevo modelo; 2) un desmantelamiento de la sociedad civil, en particular de los actores de la modernidad; 3) un retiro a la vida privada por parte de los sectores integrados a la modernización y al consumo, y 4) una acción deliberada desde los aparatos estatales para desprestigiar identidades colectivas inconvenientes, ya se trate de sindicatos, partidos, organizaciones sociales y políticas o de universidades y de medios de comunicación, entre otros.

Zermeño identifica muchos Méxicos. Primero, en un extremo, el *México tradicional*, que abarca al México profundo constituido por individuos con fuertes referentes culturales, aún anclados de manera orgánica en la tradición indígena, y al México maicero compuesto por el campesinado marginado y sin competitividad. Segundo, en el otro extremo, el *México integrado*, que engloba al México transnacional de quienes han logrado engancharse activamente a la globalización y al México moderno de la industrialización y la urbanización, que va de fines de los años cuarenta a la crisis de los ochenta. Incluye a empresarios, estudiantes, obreros y empleados sacudidos por las fuerzas de la competitividad, la incertidumbre y la pobreza. Por último, entre 20% de los mexicanos tradicionales y 30% de los integrados, se encuentra el *México roto*, el de 50% de los desarraigados producto de la “modernización salvaje”, los excluidos del modelo de

sustitución de importaciones, así como los afectados por la “década perdida” y el “*shock* neoliberal”, las masas de la marginalidad urbana y del mercado informal, los obreros de las maquiladoras y sus familias, los jornaleros migrantes y habitantes de pequeñas ciudades con economías no competitivas en mercados abiertos.

Todos estos Méxicos dan cuenta del juego de interacciones sociopolíticas en el país. Para el autor, a partir de enero de 1994, el México profundo representado por los zapatistas se levantó, activó al México roto de los desheredados por la modernización salvaje, despertó al México bronco o plebeyo y amenazó destruir al México integrado, el de los ciudadanos del libre comercio y el tránsito a la democracia (p. 161). En este contexto, la preocupación central del autor es evaluar con todo cuidado las “verdaderas” potencialidades de esa sociedad civil (organizada) que él percibe como desintegrada y en la que los zapatistas, y muchos otros grupos de mexicanos ven una esperanza de redención para el país y la democracia en México.

Disiente de las interpretaciones de la teoría del tránsito a la democracia, ya que considera demasiado optimistas sus pronósticos de un futuro occidental para América Latina basado en una democracia política que se da a expensas de la democracia social. Se muestra escéptico ante la promesa de la integración lenta de los excluidos al mundo del desarrollo y el consumo como corolario de un periodo prolongado y aún inacabado de sacrificios para la mayoría. Afirma:

...se pone en evidencia que la transición a la democracia ha sido una mera cortina de humo y que lo que realmente se avizora es la transición al autoritarismo sin actores sociales, de hecho *la derrota de la sociedad ante un Estado* promotor de los intereses económicos de un puñado de compañías aferradas a la mundialización económica: el regreso, una vez más, al ciclo mexicano de la cultura estatal... (p. 94).

Comparte la angustia de la sociología de la decadencia y se sumerge en el pesimismo de las concepciones de inspiración durkheimiana que, en vez de modernización, ven la disolución de la cohesión social, la desintegración de las identidades intermedias y el repliegue en la esfera individual y atomizada de los miembros de la sociedad. No deja de advertir, sin embargo, la contradicción en que cae esta sociología que surgió con pretensiones ordenadoras y hasta científicas y que termina describiendo el desmantelamiento, el estancamiento y hasta la regresión y la decadencia, sin poder aspirar a la reconstrucción de una sociedad y su sistema cultural (p. 223).

La propuesta de Zermeño es un modelo de doble lógica que haga compatible la racionalidad que pasa por la modernidad y remata en la modernización salvaje llamada globalización, y la racionalidad que aprovecha lo mejor de la modernidad y la técnica y se dedica a la reconstrucción material y moral de las identidades colecti-

vas de los excluidos. Se trata de romper la "ley de hierro de la mexicanidad", que tiende a acumular fuerzas con otros movimientos y actores, donde el desenlace es siempre el mismo: pactar con las fuerzas del Estado o ser desmanteladas por la violencia, la corrupción o las luchas intestinas. Aún más, se trata de evitar que la acción social tienda inmediatamente a reproducir la lógica del Estado nacional, a través de la construcción de una nueva cultura no estatal para los mexicanos. Él define esta empresa como una utopía.

La argumentación de Zermeño es sugerente en un principio, pero se vuelve reiterativa, contradictoria y, por último, circular. Estos problemas analíticos aparecen al tomar las conclusiones del autor sobre la sociedad mexicana como condicionales de la utopía que propone. Por ejemplo, si la sociedad mexicana ha sido derrotada (y creada) por el Estado, ¿cómo y dónde podrá construir una cultura no estatal para lograr producirse a sí misma en tanto que sociedad? Si de partida considera que la proliferación de organizaciones no gubernamentales, el surgimiento de organizaciones cívicas y electorales, la organización de pequeños y medianos productores agrícolas, la participación de los partidos políticos y demás, son una actividad defensiva frente al Estado y la globalización y no un resurgimiento o fortalecimiento de la sociedad civil, entonces la respuesta a la pregunta que justifica la elaboración de este libro es, desde un principio, *no*. La sociedad mexicana organizada no tiene la potencialidad de constituirse en la

redentora del país y la democracia en México.

Quedaría entonces una pregunta: ¿quiénes son o quiénes serán los portadores de las verdaderas potencialidades de la redención y la democracia en México? Pareciera que nos encontramos nuevamente en busca del sujeto histórico o de la centralidad tourainiana de los nuevos movimientos sociales y sufriendo, por tanto, el

desencanto de la sociología de la decadencia y de la sociedad sin salida. El modelo de la doble lógica de Zermeño queda truncado. Priva la racionalidad que pasa por la modernidad y remata en la modernización salvaje y no se ve dónde está lo mejor de la modernidad y la técnica para hacer posible la reconstrucción material y moral de las identidades colectivas de los excluidos. El círculo se cierra.